

—Voy á dar parte al señor procurador de lo que pasa.

Se levantó, y Greluche, le imitó bien á pesar suyo.

En cuanto salieron Michaud y Greluche, los parroquianos de la señora Jacut empezaron á desfilar.

La señora Jacut subió al cuarto de la enferma.

—¿Cómo sigue? preguntó la buena mujer á Cláudio.

—Mejor, la constestó Cláudio.

—¿Duèrme?

—Sí. Creo que está fuera de peligro.

—Y tú, ¿no piensas recogerte, Cláudio?

—Estoy rendido; pero tengo que ir á Penhoet á ver á mi madre.

—Segun las noticias que tengo de Penhoet, tus cuidados serán inútiles. No te reconocerá.

—¡Ah!

—Voy á hacer que te preparen una cama en la habitación inmediata. Es preciso que termines tu obra. Eres mi prisionero.

—¿Qué han venido á hacer los gendarmes á la posada?

—Van de pasc para Vannes.

Cláudio, después de pulsar á Juana, siguió á la señora Jacut.

Cláudio pasó toda la noche en un sueño.

XXI.

Velar las armas

En cuanto salieron los gendarmes, se restableció la calma en Penohet.

La luna bañaba las altas murallas de la mansión señorial de los Kerandal.

Pero en cambio, en el interior todo era tristeza y oscuridad.

Jacobo y Corentin hicieron toda clase de esfuerzos para que Ibo se pusiera en salvo.

El no podía ser responsable de los crímenes de los demás.

Corentin le expuso con una elocuencia conmovedora su invariable resolución de morir.

—Pero tú, ¿por qué has de morir? Tienes la conciencia limpia de toda mancha. Defiéndete. Ningún juez puede condenarte.

Y para animarle á vivir, le hizo á grandes rasgos el cuadro de la ventura que le esperaba con la herencia de la fortuna de los Fonterose.

Catalina unió sus súplicas á las de Corentin.

Todo fué inútil.

La resolución de Ibo era irrevocable.

La fortuna, adquirida á precio de tanta sangre, le espantaba.

—Aquí he nacido, dijo Ibo, y aquí moriré. No he dado motivo para que nadie me arroje de casa de mis padres, y si alguien lo intentare, moriré defendiéndome.

Santa estaba animada de iguales sentimientos, y dejándose llevar por la sangre de su raza, ayudó á Jacobo á preparar las municiones y poner la casa en estado de guerra.

Su semblante no revelaba la menor inquietud.

Los movimientos de su corazón eran acompasados é iguales.

De vez en cuando brillaba en sus ojos un rayo de alegría.

Pensaba en el capitán.

Era imposible que faltara al espectáculo de unos criminales que en vez de huir se defendían contra la justicia, decididos á morir.

Jacobo cogió una carabina, y dándosela á Santa, la dijo:

—Esta te vengará.

Santa no quería vengarse.

Llamaron á la puerta.

El perro, que estaba en el patio, empezó á ladrar furiosamente.

Catalina salió á ver lo que ocurría.

Era Caussac que iba á preguntar á sus vecinos y amigos si podía serles útil en algo.

—Cuando se acerquen los gendarmes, dijo, vendré á decíroslo.

En cuanto terminaron los preparativos, Jacobo se echó delante de la puerta, como un soldado que espera la señal del ataque.

Ibo y Catalina se retiraron á sus respectivas habitaciones.

—Sálvate tú, la dijo Ibo.

—¿No me amas ya? le preguntó Catalina.

Santa fué á sentarse á la cabecera del lecho de su madre, que seguía durmiendo letárgicamente.

Allí pasó la noche, abismada en su dolor.

Al día siguiente, los tres hermanos se reunieron al lado del lecho de su madre y se abrazaron.

Santa se inclinó sobre María Ana y la dió un beso en la frente.

Catalina contemplaba desde el dintel de la puerta aquel cuadro desgarrador, llorando en silencio.

Jacobo y Corentin se retiraron para terminar los preparativos del sitio.

Tampoco José quiso abandonarlos jamás.

Cuando Catalina le dijo que de un momento á otro llegarían los gendarmes, la contestó:

—Aquí nos encontrarán á todos.

Y se fué á la cuadra á cuidar del caballo y de las vacas.

XXII.

La justicia

El señor procurador no recibió la noticia de lo que pasaba en Penhoet con el asombro que esperaba Michaud.

—¿De manera que se han negado á facilitaros la entrada en su casa? preguntó á Michaud.

—Resueltamente.

—¿No habeis podido echar la puerta abajo, ni escalar las murallas, ni entrar por las ventanas?

—El señor procurador no debe saber que la casa de los Kerandal es una verdadera fortaleza.

—Razon de mas para no despreciar esa ocasión de hacer una heroicidad.

—Además, añadió Greluche, Jacobo y Corentin valen por una brigada de gendarmes. Cuando se asomaron á la ventana para preguntar lo que queríamos, se asomaron con ellos sus escopetas.

—¿Es un sitio en regla lo que van á sostener?

—La toma de la Bastilla.

—¿Cuánta gente hay en Penhoet? preguntó el señor de Buxieres.

—Son tres, pero verdaderamente no se debe contar mas que con dos, contestó Michaud. Ibo es un hombre pacífico.

—No me parece la guarnición de Penhoet tan respetable como á vosotros.

—Dentro de Penhoet, cada Kerandal vale por ciento, señor procurador, observó Greluche. Jacobo y Corentin son los mejores tiradores del pais. Cada disparo suyo será una baja en nuestras filas.

—¡Diablo! exclamó el señor de Buxieres. ¿No se rendirán?

—Es muy dudoso.

—¿Ni atenderán á buenas razones?

—Antes se convencería una roca de la necesidad de que el sol la fundiera.

—¡Buenos bretrones! exclamó el señor de Buxieres.

—De la antigua raza, añadió Greluche.

—Cuando se les pone una idea en la cabeza...

—No hay quien les haga desistir de ella.

—¿Se ha encontrado el cadáver de la señorita de Fonterose?

—No, señor procurador. Pero yo creo saber dónde está.

—¡Ah!

—En Penhoet.

—De manera que, como yo suponía, se trata de una historia de amor. Julieta y Romeo, Francesca y Paolo.

—Soy de vuestra misma opinión, señor procurador.

—Eso puede atenuar el crimen que perseguimos. Pero de todas maneras, es preciso apoderarse de los

Kerandal sin pérdida de tiempo. Y no es cosa de pedir al gobierno una división al mando de un general para tomar á Penhoet. ¿Tendréis bastante con treinta gendarmes, señor Michaud?

—No es mucho, señor procurador, contestó Greluche.

El señor de Buxieres no podía creer que la resistencia de los Kerandal fuese tan grande.

Al fin comprenderían la necesidad de entregarse.

—Mañana, si es necesario, dijo, pondré sobre las armas á media Bretaña; pero antes recurriré á mi elocuencia para convencerles. La ley me impone este deber, y le cumpliré, suceda lo que suceda. La justicia también tiene sus mártires.

Y con una seña despidió á Michaud y Greluche.

Cuando se quedó solo, se frotó las manos y se dijo:

—¡El sitio de Penhoet! Es una desgracia que no he buscado, pero á cuya gloria no puedo renunciar; ella me hará célebre.

Cogió el Código y se puso á hojearlo.

Es un caso raro, una rebelión armada contra la justicia y sus agentes.

En general, es fácil prender á los criminales.

Lo que no siempre se consigue es descubrirlos.

Los Kerandal no se ocultaban.

Antes al contrario, decían:

—Aquí estamos. Venid á prendernos si os atrevéis.

Se creían todavía en la Edad Media, cuando los grandes señores decían al rey lo mismo:

—Venid á prendernos, si os atrevéis.

Todo era novelesco en aquel asunto.

¡Nicolasa asesinada y robado su cadáver para enterrarle en una cueva de bandidos!

Y esto pocos días antes de su boda.

Los periódicos tendrían asunto para escribir una semana.

Pero lo que le interesaba al señor de Buxieres era desplegar la mayor habilidad posible en la instrucción de aquel proceso.

De su éxito dependía su porvenir.

El comandante de gendarmes de Vannes se pasaba el día en el café.

El señor de Buxieres cerró el Código, se vistió y se dirigió al café, donde efectivamente halló al jefe de la fuerza pública del distrito.

Este, después de enterarse de lo que ocurría, contestó al señor de Buxieres:

—No es tan grave el asunto como suponéis, señor procurador. Dejadle á mi cuidado. Yo me encargo de hacer entrar en razón á esas gentes.

Se convino en que él mismo mandaría las fuerzas encargadas de tomar á Penhoet.

Los Kerandal serían presos sin que costara una gota de sangre.

En Santa Gilda, la noche fué terrible.

La marquesa expió todas las faltas de su vida en aquellas horas de angustia.

Además de haber perdido á su hija, se veía privada del consuelo de abrazar su cadáver y humedecerlo con sus lágrimas.

Todos los guardas del castillo, dirigidos por Máximo, Roger y el capitán, registraron los bosques y las landas sin poder hallar los restos mortales de la desventurada jóven.

Aquella noche nadie durmió en el castillo.

A las dos de la madrugada llegó Cahussac á Santa Gilda con un recado del rector de Penhoet para la señora marquesa.

El cadáver de Nicolasa había sido retirado por Co-rentín y conducido á Penhoet.

Una vez resuelto á morir, Co-rentin había querido morir al lado de los restos mortales de su amada.

El rector de Penhoet había sido llamado para verle.

La marquesa de Fonterose se arrojó á los piés de un Crucifijo y pasó la noche llorando.

Cuando el señor procurador se separó del comandante de las fuerzas de gendarmes, éste se puso á meditar.

No podía dudar de los medios que tenía para reducir á los delincuentes.

Pero al mismo tiempo pensó si sería digno de él

dar importancia á un hecho de armas provocado por tres bandidos.

Pero al fin su amor propio venció de sus escrúpulos, decidiéndose á hacer un castigo ejemplar en aquellos imitadores serviles de los antiguos chuanes.

Y al efecto hizo llamar al capitán Balignan, un buen oficial, aunque seguramente no hubiera ganado las batallas de Marengo ni de Austerlitz.

—Capitán, le dijo el comandante, se trata de tres bandidos que han asesinado á una jóven de la más alta nobleza á quien estaban ligados por vínculos de parentesco. En todas las familias puede haber un drama. Se sabe dónde están; nuestros hombres han ido á prenderlos y se resisten á entregarse.

—¡Ah! exclamó el capitán.

—Es preciso apoderarse de ellos, muertos ó vivos, para que caiga sobre ellos todo el rigo de la ley.

El flaco del comandante era hacer frases.

—Después de una breve pausa, continuó:

—Si en vez de ser tres, fueran quince ó veinte, yo me pondría al frente de la expedición, pero como no llegan á este número, os dejo la iniciativa en este asunto. Se os presenta una ocasión de ascender.

El capitán hizo un gesto de disgusto.

Conocía á su jefe y desconfiaba de él.

—¿Habéis dicho que se han hechos fuertes en Penhoet? preguntó.

—Sí.

—¿Se trata de los Kerandal?

—Precisamente.

Son los mejores tiradores del país. ¿Cuántos hombres pensáis poner á mis órdenes?

—Los que queráis.

—¿Cuarenta?

—Cincuenta, si os parece.

—No es mucho.

—¿Conocéis el terreno?

Palmo á palmo.

—Es verdad. Ahora recuerdo que hemos cazado juntos en los bosques de Santa Gilda, con permiso de la señora marquesa. Llevad sesenta hombres.

—Como gustéis, mi comandante.

—Pasad por el castillo y haced que los guardas de la señora marquesa os sirvan de guías. Antes de partir, entendedos con el señor procurador. La gloria ó la responsabilidad de la expedición son vuestras, ¿lo entendei.? Ved, pues, lo que haceis. No creo necesario recomendaros que economiceis la sangre de nuestros soldados.

El capitán salió del café, dejando á su jefe delante de la quinta ó sexta botella de cerveza que apuraba todos los días.

—El negocio es delicado, pensó. Pero si no lo fuera, no me lo habría cedido el comandante.

El señor procurador estaba conferenciando con el juez de instrucción, señor Aubertin.

¡Una rebelión! ¡Y tendría que asistir él á su desenlace!

El señor Aubertin se arrepintió por primera vez de haber seguido la carrera de la judicatura.

—Como veis, le dijo el señor procurador, este negocio está llamado á tener eco en toda Francia.

—El ruido de la pólvora se oye desde muy lejos, observó el señor Aubertin bajando la cabeza, como si oyese ya el silbido de las balas.

XXIII.

Fuera de la ley

La noticia de la muerte de la señorita de Fonterose, circuló por toda Bretaña con la rapidez del rayo.

Y en toda la Bretaña no hubo más que un grito de reprobación contra los Kerandal.

Pero cuando se supo que Michaud había estado con sus hombres en Penhoet, y que los Kerandal se habían negado á entregarse, se operó una reacción en su favor.

El valor de los Kerandal era una tradición del país y todos los pueblos aman sus tradiciones.

Para los Bretones su bandera debe flotar siempre sobre la de Francia.